

Alientos por desalientos

"Madrid es no tener nada y tenerlo todo"
Ramón Gómez de la Serna

Este Madrid -acostumbrado ya a ser preolímpico- que es la capital y su entramado de juntas de distrito -ese caótico y vivo Madrid- es también, separadas por brechas más o menos pronunciadas, aunque siempre nítidas, perceptibles, las ciudades que (a su norte y noroeste) acomodan a quienes buscan mayor calidad de vida de la que ofrece la capital y, unos kilómetros más allá, también los pueblos de la sierra (la llamada "Sierra pobre" y la de Guadarrama) que reciben cada año a miles de veraneantes "con lo largo que se hace el año...", y aquellas otras ciudades -entre las que, en mayor número, se encuentran las más pobladas tras la capital- que, en el arco que rodea a Madrid del Suroeste al Este, acogen, entre su mucha y variopinta población, a varias generaciones ya de quienes llegaron de todas las provincias de España hace décadas. Y Madrid es también las decenas de municipios que, como alejados por una distancia mucha mayor de la urbe y décadas en el tiempo, sufren el envejecimiento y la despoblación; u, otras veces, el crecimiento abrumador a que ha llamado la proximidad a la capital, la construcción desmedida en los años de obligada hipoteca y la llegada de numerosa población inmigrada ahora, recientemente, con sus apremiantes necesidades.

Durante este año, la población de Madrid ha seguido creciendo en número y diversidad (en menos de una década los 188 municipios de Madrid han acogido a más de un millón de personas) y gobernar hoy a los más de seis millones de almas que pueblan la región, -de los que más de tres millones habitan la capital-, no ha de ser fácil...

Este año que ahora termina, comenzó, además, en no pocos municipios de Madrid, con el cambio de gobierno que trajeron las pasadas, y aún recientes, elecciones locales.

Este 2008 ha sido en Madrid el de la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia, el Año Europeo del Diálogo Intercultural... El de la inaugu-

ración del Caixaforum en el Paseo del Prado de la capital y del Teatro del Canal (tras ocho años en proyecto y construcción), el de la magnífica muestra "El Retrato del Renacimiento" en el Museo del Prado...

Este 2008 ha sido el año en que se ha cerrado con sutura la brecha que habría la M-30 en muchas zonas de la capital, y éste también ha sido un suceso cultural. En esto Madrid ha hecho como tantas otras ciudades soterrando sus vías de tren. Los puentes se van tendiendo, aunque no sean aún muy transitados. La cicatrización llevará tiempo.

Pero más allá -o más acá- de los grandes eventos, a lo largo de los 366 días de este año, Madrid ha sido de teatro y de teatros. Al tiempo que perduraba la incertidumbre y la convulsión suscitadas por la privatización de algunos teatros cuyos terrenos eran recalificados (como el Teatro Albéniz que, al finalizar la temporada de 2008, dejará de serlo), el teatro en Madrid (los nacionales y los municipales, también los autonómicos y los privados y los alternativos) ha vivido un año rico, de carteleras rebosantes, variadas y estimulantes. Al tiempo que hemos visto proliferar teatros cuya denominación revelaba otra forma de gestión (el pasado año el Teatro Calderón pasaba a llamarse "Häagen-dazs Calderón"; antes, el popular Teatro Rialto de la Gran Vía había pasado a ser el Teatro Movistar) y los escenarios de la Gran Vía de Madrid acogían el "boom" de los musicales, -que continúa y, previsiblemente, continuará-, también sucedía que el Centro Cultural de la Villa de Madrid rendía un tributo necesario al genio de Fernando Fernán Gómez y se re-bautizaba con su nombre, y renacía como Centro de Arte, con producciones espléndidas; y que el Teatro Circo Price, que se reinventara en su nueva ubicación de la Ronda de Atocha el pasado año, continuaba ofreciendo circo, teatro y espectáculos de interés; y que la creciente Red de Teatros Alternativos seguía con su vigor y eterna juventud de siempre.

Mientras, campañas como "Si estás hecho una seta, ven al teatro" del Ayuntamiento de Madrid y otras similares, intentaban acercar a las salas a un público distinto del que -quizá sea siempre el mismo- acude. Nos faltan aún -salvo a los musicales de la Gran Vía, que concitan al gran público- intentos más audaces, una voluntad más decidida por atraer a todos los públicos al teatro, o qui-

M a d r i d

zá por acercar el teatro a todos los públicos, por lograr una participación que transcienda el solo objetivo de procurar que los ciudadanos acudan a lo que se les ofrece y los incite a expresar sus demandas, a pasar al otro lado.

Este año fue también un año de cine en Madrid. Se celebraron en toda la región más certámenes, muestra y festivales de cine que en ninguna otra. Hasta el Municipio más pequeño es capaz de organizar con solvencia y calidad un ciclo, competitivo o no, de cine, y se aventura a hacerlo. En decenas de municipios se vive ya la cuarta, la décima o la vigésima edición de alguna iniciativa audaz que empezó hace unos años y continúa.

En este Madrid en el que no hay un Palau Sant Jordi, en el que tal vez falte un lugar indiscutido para la música, abierto a todos, este año continuó la lucha de los locales de música en vivo por subsistir y granjearse la complicidad de la Administración. Prosiguieron iniciativas para procurar a la música y a otras expresiones circuitos donde decirse y con las que llenar salas, públicas y privadas.

Este año fue también en el que la ciudad de Arganda acogió esa franquicia en que se ha convertido "Rock in Río", el que se anuncia como "el mayor festival de música, ocio y entretenimiento del mundo", y que se reeditará en 2010 en la misma ciudad.

Imposibles de enumerar, entre las muchas ciudades que hacen Madrid, volvieron a realizarse nuevas ediciones de proyectos consolidados - Festimad, Galapajazz, Festival Internacional "Madrid Sur", Suma Flamenca, Universimad, Summercase, Viajazz, CineMad, Indispensable, Guadarrama Blues, Metrorock...-, algunos de los cuales ensayaron y anticiparon ya hace años otras formas de entender y proponer actividades culturales en las ciudades y de reflejar su diversidad; y festivales, certámenes, encuentros de generaciones entre sí y con el espacio público de su ciudad y con una o más disciplinas artísticas.

Más allá de la capital, en ninguna de las ciudades de Madrid con una cierta entidad de población faltan equipamientos culturales capaces de acoger dignamente espectáculos de todo signo, actividades de toda clase: en este año siguieron ultimándose o se han inaugurado te-

atros, centros culturales y recintos versátiles de nueva construcción. Ahora queda lo más difícil: llenarlos.

Este año asistimos también a la recuperación, incluso a la instauración o la invención de tradiciones: salieron a las calles en Semana Santa procesiones que nunca antes habían salido.

Entretanto, volvieron a celebrarse -pronto se señalarán en el calendario de todos con tinta de color- fiestas como el año nuevo chino y las noches de Ramadán...

Pero este año Madrid también se define por lo que ha desaparecido: aquellos espectáculos rancios que tenían su cita anual, esos "cuentos de beatas costureras" que ridiculizara Valle-Inclán, y que durante décadas tuvieron sus lugares acostumbrados, van desapareciendo.

Tristemente, también muchos cines: en muy poco tiempo hemos perdido los cines de siempre de la Gran Vía madrileña -Avenida, Pompeya, Imperial, Rex, Azul- y este año desapareció el Palacio de la Música. Sólo ya nos quedan los cines Callao y Capitol. No hace tanto, sólo en la capital había más de 500 salas y hoy no son más de 20 las que sobreviven y hacen evidente así un fenómeno más profundo del que Madrid vuelve a ser síntoma y alerta. Y tantas otras salas en muchas ciudades de los alrededores de Madrid también han cerrado dejando a algunas, con una población de varias decenas de miles de personas, sin cine.

Entretanto, cada barrio de la capital vivió su fiesta. Cada municipio de la región, también. La cultura popular, la festiva, la de la participación espontánea de todos para celebrar el jolgorio anual con los vecinos y los visitantes conserva en todo Madrid la vitalidad y la alegría de antaño. Madrid sigue siendo tierra de fiestas con rosquillas, tortilla de patata, limonada y tertulia con los vecinos en corrillos de sillas de tijera, con quioscos de música y baile. Y también falafel y baklava, y pica pollo, y panqueques y sarmale... y música árabe, y salsa, y bachata y merengue y manele...

Todos los municipios de la región, en mayor o menor medida, han acogido en sus calendarios de fiestas nuevas celebraciones que han llegado con los nuevos habitantes de otros países, o les han hecho (o se han hecho)

M a d r i d

un hueco en sus fiestas de siempre.

Lo mejor de Madrid sigue siendo su gente, a la que nunca ha dejado de cambiarle la fisonomía; los rasgos de los llegados en cada oleada, siempre distintos, siguen definiendo al indefinible Madrid. En la capital, raro es encontrar a un madrileño nacido en Madrid y, sin embargo, el carácter de la ciudad perdura. El Madrid de hoy se reconoce en las descripciones de Cervantes y Quevedo, y en las de Edgar Neville, en las de Gómez de la Serna, en las de Umbral... En las de hace siglos y en las de hace décadas.

Madrid es una riquísima tradición con ausencia de modelo, y quizá ésa sea su riqueza...

Cuantos intentos se han hecho hasta hoy por definir a Madrid han decaído. Y esa ausencia de definición quizá pese en el hecho de que no exista un concepto para esta región. Si la política cultural debe generar las sinergias, propiciar las relaciones que hagan encontrarse y entenderse a los creadores, agentes, promotores, y gestores de la cultura en torno a un concepto acordado, común, eso en Madrid no ha pasado (aunque, como escribió Cortázar, "cada vez sospecho más que estar de acuerdo es la peor de las ilusiones"). Aquí la acción cultural no ha decidido y coincidido, por ejemplo, en apropiarse y ocupar el espacio público para restituirlo a los ciudadanos (sigue siendo éste un problema por resolver). Madrid se desdibuja en demasiadas imágenes de sí mismo...

Tal vez le falte a Madrid esa reflexión consciente y deliberada que lleve a una planificación de la región, a una demarcación de "distritos culturales" allá donde esto enriquezca; a proponer y a ensayar hasta dónde la cultura puede contribuir a esa necesaria definición, a esa invención del territorio, de la región, de las ciudades que la integran y que han de estar integradas en ella... Le queda a Madrid esa apuesta audaz por que la Política Cultural, concebida y desarrollada con la necesaria transversalidad, demuestre su eficacia para dar respuesta a las demandas que plantea la creciente diversidad cultural de nuestras ciudades, el reto de la cohesión social, la imperiosa necesidad de una convivencia pacífica y generadora de prosperidad que trascienda la tolerancia; a la acuciante necesidad de sostenibilidad, y de que la mis-

ma impregne las conductas individuales, sociales, empresariales y públicas, etc. En Madrid está aún por explorar el alcance con que la política cultural puede generar emociones, sentimientos, modificar conductas y propiciar la integración de sus ciudadanos. Para el éxito de estas iniciativas las condiciones de Madrid son inmejorables.

Sin embargo, ha habido en Madrid, sólo en la capital, - aunque la experiencia es exportable a cualquier otro municipio, por pequeño que sea- tres Noches en Blanco, en las que Madrid era una fiesta.

Aquí, donde siempre somos demasiados y las plazas limitadas, donde todo compite con todo, donde esta rica amalgama de proyectos y actividades propuestos por fundaciones, asociaciones, institutos, sociedades, entidades públicas y privadas, incluso, por las embajadas extranjeras niega a la mayor parte de ellos un espacio en los diarios y en los paneles; en este Madrid donde una inmensa mayoría no llega a participar en las propuestas culturales que a sus ojos se anuncian a veces en un lenguaje que no es el suyo, ajena, estáticas y distantes; donde, sorprendentemente, la movilidad entre los Municipios no es cotidiana (si no obedece a motivos de trabajo), y quienes no viven en la capital muchas veces no la frecuentan sino por razones excepcionales y contadas... En este Madrid, sin embargo, ha habido este año una noche: la del 13 de septiembre, en la que bajo el lema *El mejor sueño ocurre con la ciudad despierta*, abrieron casi todos los museos de la capital, las galerías, los centros culturales, las bibliotecas, las sedes de infinidad de entidades culturales, teatros, librerías... y en la que, sobre todo, la calle le fue devuelta a los ciudadanos. Esa noche era emocionante ver a familias enteras, a pandillas numerosas recorriendo Madrid, pertrechadas con sus planos y sus programas, en un itinerario trazado enlazando algo más que puntos sobre un mapa: uniendo instituciones y entidades aliadas entre sí y con la ciudad en un proyecto común. Más de 250 entidades (desde el Arzobispado de Madrid hasta la Asociación de Talleres de Obra Gráfica), se aliaron para llevar a cabo esa maravillosa y efímera noche. <http://lanocheenblanco.esmadrid.com>

Hubo en una sola noche en Madrid más de 170 actividades gratuitas (teatro, música, danza, artes plásticas y

M a d r i d

visuales, nuevas tecnologías, circo, poesía, arquitectura...) y 295 artistas de todo el mundo. Madrid se hermanó con aquellas ciudades que comparten este proyecto de la red Noches Blancas Europa (París, Bruselas, Roma, Riga, Bucarest y La Valleta).

Madrid se convirtió por unas horas en un hervidero en el que decenas de miles de personas se movían con avidez por vivir una noche especial, una experiencia estimulante, por acceder a lugares vistos como ajenos o tal vez deseados pero inalcanzables, por relacionarse de un modo distinto con su ciudad y con los otros.

Esta noche, como la de San Juan, sólo nos es concedida una vez al año. Entretanto, la noche de los museos, la noche de los libros, la noche de los teatros, etc. prorrogan la espera hasta el año siguiente, recrean la excitación de una pequeña transgresión nocturna en la que acudir a un museo, a una librería o a un teatro a deshoras se convierte en una tentación. ¿No es estupendo...?

Juana Escudero